

INCERTIDUMBRES Y CERTEZAS

Para los que amaré por siempre

Alba Omil me enseñó a leer. A encontrar el mensaje escondido en la alusión. Una prueba: la misma novela antes y después de conocer a Alba; iguales frases, distinto libro.

A su lado aprendí a escribir. A adentrarme en “esa burbuja verosímil cuyo tiempo y espacio nos pertenece”.

A conocerme.

Uno escribe siempre. No son necesarias las manos, la vista, ni una atmósfera especial. Basta una idea y la conciencia de nuestros propios límites a los que hay que vencer. Requiere, además, de un lector que nos entienda. Ese lector también es creado al mismo tiempo que el texto. Como ahora.

El particular cariño por Alba y la literatura me han permitido saborear el sosiego de las palabras con diversas personas. Cada una de ella, un Rara Avis inconformista, tras el objetivo común de compartir historias.

A todos ustedes mi gratitud.

Carlos Alfredo Alonso

Tucumán, 2013

TREN FANTASMA

*... todo aquello desapareció con el lampazo del
faro...*

Gabriel García Márquez.

Por lo que se sabe, el equinoccio de otoño es una época muy particular y cuando ocurre por estas latitudes, suele aparecer, cortando la noche, una formación tironeada por aquella locomotora con vetas de moho gris verdoso, célebre por su flanco izquierdo: un escudo de la República Argentina y el rostro melancólico de Evita flanqueando un 216 de bronce al que le falta la pancita del seis. Surge de la nada, precedida por un silbido plateado, humeante, de tal intensidad que es imposible no darse vuelta aunque más no sea para evitar la colisión. Las vías, inexistentes hasta el chifle de vapor, resplandecen de pronto bajo la luz de su reflector poderoso. Unen el atrás con el adelante perdiéndose en la negrura. Y ahí nomás, la misma luminosidad descubre a los pasajeros del andén arrastrando sus pies de mal dormidos. A lo lejos hay otra estación con más espectros. Aguardando...

Al aproximarse la máquina con el 216 sin la pancita del seis de bronce, se presentan, también de la nada, el suicida saltando a las vías en una pirueta de desamor y el linyera desafortunado que tropezó varias veces en vida hasta que la última (la del intento de trepar al furgón de cola como polizonte) fue la última vez, porque un tropezón, sin duda, es caída para los vencidos; y el borracho abandonado a su suerte en medio de las paralelas; y los perros flacos, tristes de tanto olisquear basura, sordos a la bocina o imperturbables en raspar donde no se debe, todos acuden al unísono con el tren; y en el segundo vagón, ¡la estrella!: un chico transparente surfeando sobre el techo, ajeno a lo efímero, a la fragilidad de la existencia, sin que alguien le reproche su alocada chacota porque al fin y al cabo a cualquiera le pasa cuando disfruta sus hombría de quince años retozando en el lomo de un tren; y hasta una vaca ¡pobre! de andar torpe, cansada de pastear en la monotonía campestre, con un cuerno fracturado por sorpresa en la mitad, en cuyo extremo gira con dinamismo, la pancita de un seis que supo ser de bronce. Y si uno agudiza la vista podría encontrar, a la retaguardia de la formación, ¿a quién?, al mismísimo negro Maturana, precursor de la serie de aparecidos que hizo famoso al tren, cargando sobre el hombro la viga de madera que, aquel día en la playa de maniobras, le ocultara el retroceso del 216; fantasma ya entrado en años y jubilado de tanto espantar, con permiso para rezagarse, no tanto por remolón, si no para dejar lugar, como corresponde, a las apariciones más jóvenes. Todos, todos, encubiertos

de alguna manera por bocanadas de vapor y menos mal ese gustillo a pudor que brinda el Más Allá, porque nadie está entero, son pedazos de almas en pena, residuos tóxicos de un cuerpo embolsado por la policía, para garantizar la salud pública pese a las protestas de las ratas. Para variar siempre faltan los Varela, lástima, no vienen ni siquiera por una cuestión de afinidad, muertos en gracia de Dios (según la bendición del cura) en la camioneta de la repartición, hermanos de Don Varela, el legislador, quien, durante el responso ordenara el retiro del 216, coche a galpón dicen que dijo, y galpón no había, así que la condena fue pudrirse a la intemperie. Tal vez la humedad o la erosión del herrumbre o las antorchas de la Revolución Libertadora (cuando entraron a los tiros en los talleres del ferrocarril, borrando del mapa lo referente al General y sus descamisados), o quizás esas cosas del oscurantismo que no dejan a los difuntos en paz, la cuestión es que el tren se desvaneció en el aire, se hizo humo, literalmente hablando, humo, y sólo en los equinoccios de marzo, deja la leyenda de lado para materializarse en su función de recolector, y va llegando con un estrépito sobrenatural y altera la escena de los que esperan en sus bancos y la descompone en vibraciones, cuerda de guitarra que es una y mil, hasta que se puede volver a enfocarla en una única visión y cuando se presupone (dada la aceleración que trae, el modelo de locomotora y la ausencia de maquinista), cuando se presupone la imposibilidad de su detenimiento, se planta con violencia, sin ningún chirrido de frenos, ni inercia lógica, ni chispas; entonces se puede advertir que en esa falta de respeto hacia lo convencional para este mundo, radica su efecto espeluznante.

El guarda desciende blandiendo una campana en su mano sin vida, mientras la otra destapa un reloj de bolsillo para comprobar, a lo Napoleón, la hora; porque la hora de abordar, es la hora, ni un minuto antes ni uno después. Sus ojos opacos, sin pupilas, impenetrables y blancos, ostras solitarias inspeccionando a los que trepan, tal cual eran, tal cual vestían y después, la taciturna barbilla en alto que apura a indecisos y protestones; les sacude la modorra de difuntos y se reavivan en un cuchicheo silencioso: eh, tanto tiempo sin vernos, ¡Minucha, qué demacrada estás, querida!, ¿vos también por acá? y desocupan sus bancos de espera para los que llegarán en breve, mañana o en cualquier momento.

Apremiado por la madrugada, el guarda agita el cencerro convocante, vamos, vamos que nos vamos y un tufo a manteca fermentada se desprende del uniforme descolorido: el olor del tren recolector. Imprevistamente, quizá con la carga a medio acomodar, el convoy avanza sobre los rieles que se van disolviendo junto a la

estación, toma velocidad hasta confluír en un punto oscuro; sólo deja un viento rancio que ni polvo levanta porque, en realidad, no existe.

A veces me subía al 216 por un ratito. Sí, al tren imaginado por los viejos cuenteros, sin maquinista, ni vendedores de revistas, ¿puede creerme? La última, el pasado equinoccio de Marzo, volví a treparme y aquí sigo. Aquí sigo...

EL CERCO

A medida que uno recorre la ciudad hacia el este, en dirección al canal, nota cierta transformación en el paisaje. Donde había árboles, crecen arbustos; donde cantaban los pájaros, se multiplican perros famélicos; si hubo una parroquia, se eleva un altarcito con flores de plástico y, en lugar de seres humanos, nosotros. De continuar, se notaría el aire como más denso, como si quisiera advertir que ya se encuentra más allá del olvido de Dios, porque al franquear el canal con inmundicias arranca el impreciso caserío de la villa. Adentro, los conventillos esquivan charcos perpetuos y taludes de basura. Ahí vivimos. Larvas de hombres en larvas de casas cercados por un perímetro convencional: una simple Avenida de ripio con huellas de carros cartoneros. Un límite invisible inconveniente de transponer. La villa está alejada de la plaza principal, irremediablemente lejana, como desterrada. De tanto en tanto, padecemos la incomodidad de estar del otro lado de la Avenida, en la cárcel, o por alguna sutura, o si algún laburo salió por desgracia y, tarde o temprano, regresamos a cobijarnos en el tugurio.

Me gusta recorrer el borde, trotar con la cabeza en flexión, buscando cualquier cosa útil entre los espinos del pasto. Me ayuda a distraerme, a alejarme del cuartucho en el que resisto el frío o el calor de las chapas; a las tormentas cuya saña equilibra el barro de las letrinas con el suelo. La senda conduce a una cañada, allí el viento trae sonidos de campanas provenientes de la ciudad; su repique pasa desapercibido por los camiones transportando azúcar: retozan y parten con lentitud de esta porción de infierno. Desde algún lugar, las campanas adiestran a mi silencio para retener la frescura de su música. Trotar y ver el sol esconderse tras los cañaverales o golpeando las tejas del ingenio. Sé que ese verde, la llovizna del bagazo, el ruido de la ruta llevándose los amigos a la capital, el olor húmedo de la melaza, la escuela con sus parches de lonas y plásticos de donde desaparecemos para regresar cualquier tarde; sé que esta inmensidad sepultada detrás del cerco de la Avenida, es un paraje condenado.

Trotar...La pobreza, por su insistencia, es conmovedora. Al principio confunde porque su lógica no tiene un marco definido: por ejemplo, no hay merecimientos, ni ilusiones, ni noticias importantes para divulgar. La subsistencia requiere cautela: cierta virtud para olfatear el peligro y atención a la mínima oportunidad. Con los años sus cualidades se van apilando, junto con la mugre, en progresivas capas hasta constituir una corteza de apatía; entonces con absoluta sencillez, lo que parecía ser una realidad atroz, se vuelve una sensación inofensiva. Es un mundo permeable a las casualidades, a la combinación de lo imprevisible, los habitantes apenas se insinúan, tal vez por miedo a perderlo todo, incluso la resignación. La pobreza machaca hasta borrarle: a nadie le importa quien sos, ni quien has sido, hoy sos uno mañana, otro; según la suerte. En la villa, el tiempo se estanca: nada sucede y la niñez se te pierde antes de nacer.

Trotar.

El Turco González me vino a buscar a la pieza acompañado por los mellizos Bustamante. Si alguna vez tuve confianza en alguien fue en el Turco, un corajudo capaz de meterse en los entreveros ajenos. Desde tiempo trabajaba con el doctor, un tipo de la política. Todos en el conventillo le debíamos un favor al Turco: si él nos convocaba, acudíamos.

Me propuso ir a la plaza para aplaudir un discurso por ciento cincuenta.

No se por qué me acordé de mi viejo, llevándome al cine de la parroquia a ver películas gratis. De chiquilín disfrutaba esperarlo a la salida del ingenio, de su voz ronca, de sus planes para rajarse de la villa sin rumbo definido. Le gustaba *A la hora señalada*, en blanco y negro: Gary Cooper hace de un sheriff obligado a enfrentar a un chorro y la gente le pide que no vaya; entonces al llegar el momento, él le dice a su novia que todo hombre debe encontrarse alguna vez con su destino. Mi viejo me codeaba en esa parte, ves Rulito, así somos los machos en las grandes decisiones, hay que saltar el cerco algún día y jugarse compadre.

Cuando yo estaba en la primaria, mi viejo cruzó la Avenida, dejando unos pesos para carbón y una dirección inventada.

El recuerdo más insignificante siempre me devuelve a sus charlas, a entenderlo sin rencores; porque yo también fui hasta la Avenida con huellas persiguiendo sueños ajenos y no pude atravesarla. Esa angosta franja, cubierta de escombros, me infundía temor, me obligaba a retornar al conventillo, como si yo no pudiese disfrutar del azahar o la visión de un lapacho, ni siquiera por imitación, como si lo mío se relacionara sólo con lo impuro; y en el momento de regreso por las únicas esquinas iluminadas, más percibía el abandono alrededor, y esas eran horas señaladas para mí; y en esas horas lloré.

A pesar de todo mantuve la certidumbre de cruzarla algún día; con el tiempo me fui acostumbrando a la imperturbable fetidez, a la falta de un gesto de cariño, a vivir borrado y, por supuesto, a aguardar la hora.

La bendita y definitiva hora.

Por eso me convencieron los mellizos y la cosa fue que nos acercamos hasta los micros del Chino Guzmán. Lo conocía de la cancha. Tipo jodido. Parado frente al micro te sugería respeto. Debía andar por los treinta, treinta y cinco. Pelo corto y duro. Musculoso. Tenía la piel como el tobiano, por un virus, según comentarios de la gente. En las áreas claras, se había tatuado varios San La Muerte, aprovechando sus alas cobrizas para emparejarse. Durante las cosechas de naranjas o en la zafra se tomaba el buque, jamás si ocurriría una elección. Musculoso y tan bravo como traicionero, había despenado a cuchillo a tres tipos del otro barrio. Bravo, el Chino. En camiseta, los tatuajes como advertencia, y un rebenque enlazado en la zurda, aliñaba a puro sopapo la fila de crotos.

-Vamos compañero, adentro está el morfi y el ferné, ¡muevan la patas carajo!

Vibra, la plaza. El temblor no procede del suelo, el temblor emana de ellos. De la multitud. De nosotros; nos revuelve los sentidos, nos va quitando identidad hasta constituirnos en las minúsculas células de un monstruo. El monstruo está allí, en plena faena de despertarse. Con furia.

El Chino, apresurado por el embrollo, ordena atravesar el gentío. Camina entre nosotros o se retrasa para patear a los idiotas que vienen embobados. A veces levanta su brazo y torcemos hacia él. Avanzamos abriendo espacios a codazos. Nuestra columna embiste nudos humanos consolidados en esa marea fantástica. Cada tanto se pierde alguien en el amontonamiento, no importa, el grueso pisotea lo que sea con tal de acercarse al hueco reservado o a los trozos de fiambre. Quejas, insultos de los punteros, mujeres corriendo con sus hijos para hacerlos orinar en los macetones. Los carteles de Ella mirándonos desde todas partes. Por fin llegamos: una masa de miserables con pancartas, eufóricos por unos mangos mugrosos o por pan con mortadela o sólo por cruzar la Avenida, aunque sea una siesta.

El Chino nos ha ubicado con manos de matarife. En un instante, se sumerge en el hormiguero, para aparecer al lado de unos tipos de traje claro que le entregan dos sobres.

-La guita-, me alerta el zurdo.

Dos horas más tarde, floreció Ella en el palco saludando a todos y todas, agradeciendo a los miles por el apoyo a su proyecto. De a uno fue mencionando los progresos conseguidos -y el monstruo que se despereza- y podríamos alcanzar más, mucho más, muchísimo más, si no estuvieran los oligarcas, éstos se llevan lo que les corresponden a ustedes, se llevan nuestro futuro en sus cuatro por cuatro o ya no tenemos memoria, argentinos; y el monstruo se convulsiona; y yo imagino a las viejas del conventillo, protegiendo sus harapos recién lavados de los perros locos por la hambruna. Entonces también grito, ¿por qué no? Claro que grité. Con todas mis fuerzas grité, con bronca, quizás por efecto del fernet, de amanecer agujijoneado por tábanos o quizás por mi puta fortuna de que me hayan parido en un pudridero.

Regresamos por la Avenida al atardecer: afónicos, violentos de transpiración y alcohol, golpeando los flancos del micro al compás de las cumbias; el Turco y yo no le quitábamos la vista al Chino porque no había hecho ningún ademán de pagar.

Se bajaron primero los de la barra para formar un pasillo al lado de la puerta; el Chino, fue dándonos un billete a cada uno.

-Faltan cien, Chino- dijo el Turco.

-Conformate con eso y no me hagás quilombo, hubo más gastos que de costumbre.

El Turco atornilla sobre sus pies. El animal se le va arrimando: hiede a ferocidad; yo, más atrás. Mientras habla, su nariz se dilata por la agitación; una sombra cae de su frente, como si el ala de un sombrero se hubiese ladeado sobre la mirada oblicua y ceñida. La boca cede a la tensión con una sonrisa, más peligrosa aún.

-Andate agradecido, Turco, a los siguientes les voy a dar la mitad y a los últimos, las gracias.

Apenas si podía contener al Turco, apenas, hasta que se afloja por un contundente:

-Obedecé, Turco.

La patota nos ha rodeado; uno de ellos me empuja con el mentón en alto, dándonos la última oportunidad de salir enteros. Códigos de la villa.

Al día siguiente, mateábamos con las viejas en la pieza de doña Celina y vimos el discurso en diferido.

-A mi me hace acordar a la Eva -terció doña Celina- ya van a ver: se hace el rodete, se hace el rodete.

-Ni se le compara, -dijo una.

-Reconocé: habla igual.

-¡Qué va a hablar igual! Celina, por favor.

En eso sonó mi celular, era el Turco:

-Che Rulito, no te asustés: en una de esas, te busca algún patrullero, encontraron el cuerpo del Chino.

-¿Muerto?

-De un balazo en la frente, éste no jode a nadie más. La cana se chupó a toda la barrita y los van a apretujar unas semanas.

-¿Y vos?

-Algún buchón me garcó con el doctor y ahora me buscan estos tipos. Son más picantes que los canas, éstos te meten plomo sin preguntar, yo me rajo al interior una temporadita. Cuidate Rulo.

-Vos también, hermano.

Pasaron los días y la villa recuperó su rutina. Dejamos de hablar del Chino, del Turco, de las promesas. Nos juntábamos en el bar, como siempre, haciendo tiempo con el metegol.

Una tarde se llegaron los tipos de traje claro por la pieza, los hombres del doctor, los de la plata.

-Ahora sé porque te dicen el Rulo -comentó uno desde la puerta de la pocilga.

El más bajo me estrechó la mano:

-Mirá, cortita, boletearon al Chino, ¿sabés?; el barrio se ha quedado sin autoridad y el doctor necesita un sustituto. Fuimos al gimnasio y los muchachos nos hablaron de vos, que sos un tipo piola...no sabemos si tenés puesta alguna camiseta.

-Tengo puesta la mía.

-Así nos gusta, bueno... para hacerla más corta, en unos días habrá otro acto en la plaza, juntame doscientos compañeros. Te damos veinte mil y los micros. Vos te arreglás con la gente, tenés lindo físico; no creo que haya problema, ¿o sí?

-Quedate tranquilo, no va a haber problema.

-Aquí está la dirección de la unidad, llegate esta noche y hablás con el doctor, cortate el pelo y pensá en algún pedido para el barrio, el doctor te contesta y ahí sacás letra para versear a los compañeros.

Antes de despedirse, les pregunté por curiosidad:

-¿Saben que van a decir en el discurso de la plaza?

-La misma mierda de siempre, me contestó el más bajo.

Después de afeitarme partí a la reunión del doctor. En el camino, sobre Alsina, se ensancha el baldío en donde había aparecido el cuerpo del Chino. El área persistía con el clásico presinto rojo y blanco, circunscribiendo un pilar de cemento salpicado de sangre.

El lugar me pareció menos sombrío que aquella noche, mientras lo acechaba después de hacerse el otario con la plata. No hubo súplicas más bien una mirada plena de lógica. El Chino conocía los códigos de la villa.

Y me vino a la mente la imagen de Ella, del cerco de mi viejo; del mío.

Me acordé del grisáceo Gary Cooper.

EN EL JARDÍN DE LOS ALSINA URIBURU

No se trataba de una cuestión de prosapia, ni siquiera de castas sociales. La explicación era mucho más simple: la Naturaleza lo había forjado como un ser superior. Esa era la explicación dada, sin ningún signo de soberbia, por el ciempiés.

Atesoraba documentos respaldatorios. En efecto, guste o no, era un miriápodo; más aún, provenía de la familia de los Scutigerae. Lo afirmaba Larousse: no se discute. Con su andar cansino y sus exquisitos modales, se había transformado en el blanco de las doncellas del jardín.

Pero un día, se produjo tal alboroto entre los insectos, que -en medio de silbidos y chicharreos- el mismísimo doctor Alsina Uriburu le advirtió a su señora:

-Escucha esa parafernalia, Felicitas. Se avecina una hecatombe.

El doctor no estaba errado. Traído por el viento del Norte, apareció en el pastizal un llamativo saltamontes rojo y azul. Ostentaba su currículum, acreditado por un tal Espasa: era un verdadero Oedipoda germánica, de la familia Acrididae. El ortóptero había viajado por todas las regiones, con una facilidad de palabra sin igual. De cultura envidiable, demostraba cómo traducir términos frecuentes e infrecuentes en distintos idiomas.

El asunto concluyó en un jardín dividido en dos grupos: los del miriápodo y los del ortóptero.

No se podían ni ver. Ya no era posible salir por pasto tierno, sin cruzarse con la chusma de enfrente. Los gestos, parecidos a una nariz parada, y los portazos de las madrigueras estaban a la hora del día.

Y no se pudo aguantar más.

Una noche, reunidos bajo la amarillenta luz de un farol anti-bichos, se conglomeró todo el bicherío del jardín. Se realizaría un concurso de antecedentes y oposición entre las dos excelencias; el perdedor buscaría otras fronteras.

Fue que, en rueda de invertebrados, los contendientes se ubicaron codo a codo, si puede permitirse la expresión. La primera prueba consistía en mostrar el brillo de sus cuerpos, bajo la luz del farol. Esa irremplazable cuestión de piel.

Sin embargo la contienda quedó inconclusa. Porque nadie pudo evitar el disparo de la lengua pegajosa, que se engulló a los dos rivales.

El cronista del Obituario, adjudicó la lamentable pérdida a un mal entendido con un Bufo arenarum -familiar de los Anuros- con residencia en Los Canteros. Deliberadamente se mantuvo en secreto, el desparpajo del eructo y el croar de satisfacción.

Por el status del barrio, ¿vio?

EL VISITANTE

A veces los días son cómplices de la resignación. De haberlo tenido presente, quizá me hubiese quedado en mi departamento de Barrio Norte con aire acondicionado e informativos; en esos días particulares uno ya se levanta sentenciado a aceptar lo que sea y se conforma con la adversidad.

-Sí- me dije-. Sí, resignación- me dije mientras viajaba hacia el Valle de Calamuchita, mirándome la papada rasposa en la ventanilla del micro. -Sí- dije, -te hubieras quedado en el departamento.

Viajaba hasta el valle porque no tuve una mejor idea; porque había leído un folleto, predestinado a ser descubierto por mí en la mochila; la que usé para guardar mis cachivaches de periodista recién echado. Había leído en atractivas letras que al acceder a la paz de las sierras, iba a encontrar una mezcla de trinos, estrellas y remansos orillados de arbustos y eucaliptus. Y lo terminé de hojear mientras ubicaba en la mochila, los bártulos de mi escritorio, con lentitud, dando tiempo para que ocurra un milagro que sujete la realidad o para terminar de convencerme que ya era un recuerdo en la sala de redacción. Más amplia que de costumbre, la sala. La puerta de salida a doscientos mil kilómetros, iluminada del techo al piso, en la que mi figura de un marrón envejecido seguía embolsando retratos, sacapuntas, un peine, clips. Me habían echado.

A ver, ¿cómo había empezado esto? Sí, con mi crítica a la muestra del descarado de Delano Cardelli. Cuando escribí, en mi columna del Universal, que la exposición no valía la pena por lo pésima, no imaginé que se armaría tanto escándalo. De modo que, en medio de la redacción -amplia e iluminada- pensaba en mis quince años de crítico evaporándose por un maleficio. El editor, un cagatintas surgido de las reverencias a la directiva, berreaba enajenado mientras hacía flamear la sección cultura, maldiciendo la hora en que no me pudo corregir a tiempo. Con la lengua trabada, traté de hacerle entender que por más florentino, Delano Cardelli era un inepto. Tartamudeaba sin lograr que se detuvieran la gritoneada del hombre parado frente a mí, los insultos, el alarde de su prepotencia, hasta volverme un punto opaco en la amplitud. El imbécil vociferaba para que se supiera que había decidido despedirme porque lo tenía repodrido y de paso hizo una referencia a mi eterno y estúpido traje marrón.

Así, cada barquinazo que retumbaba en el micro me devolvía a los minutos de esa mañana, antes de cruzar la puerta; la propaganda de Calamuchita entre la mano y la boca, rogando no descomponerme delante de los demás. Igual me enfermé y aunque me propuse quedarme ese fin de semana en el departamento, por una inexplicable corazonada -como si me hubieran llamado- me trepé al micro.

Como si me hubieran llamado. Sí, me dije. Como si me hubieran llamado.

Al norte de Las Sierras Chicas, en una localidad conocida como Villa del Potrero, se alzaba un caserío. Era un pueblo tranquilo que amanece con algún borrachín cantando cumbiambas, y las propaga. En la esquina formada por la calle

principal y la ruta, hay chicos ofreciendo peperina; más adelante: la gomería Kempes, el dibujo del goleador en el revoque junto a insultos de carbonilla. Hay lugareños de acento particular que todavía galantean a las señoras con el caballo; hay viejas que cuentan sus embustes de duendes escondidos en los vientos y uno descansa con el Champaquí recortado sobre el celeste y aspira yerba buena, bosta y leña.

Olor a vida.

Desde el micro pude ver el predio turístico; largo, de tres cuadras al menos. Un par de arcadas sostenían el portón; detrás, un almacén carcomido por los años y más atrás, arrancaba una línea de chalets que se perdían en la siesta. Al traspasar el portón sentí un estremecimiento, tal vez por el cedro gigantesco de cuya sombra se desmerecieron los perros; tal vez por recordar la casa en la que me crié, junto a un cedro similar a ese, jugando a los soldados en los cañaverales del fondo, la acequia con la melaza del ingenio; tal vez por escuchar la voz tranquila de la abuela explicándome cómo se anudan las zapatillas. Se me arrimaron batiendo la cola; un benévolo saludo que siempre cae bien. El encargado me acompañó hasta el penúltimo chalet.

Adentro, un dormitorio y el living coincidían en un pasillo que daba a la cocina. A través de las cortinas, un balconcito oxigenaba de optimismo el ambiente. Había un sofá de algarrobo y sillas tablero cubiertas de almohadones. Al centro, una mesa de campo. Lo más llamativo era un desayunador de durloc con vasos desordenados, para distintos tragos, como los que tomaba en las confiterías de la plaza Dorrego -con los amigos- para hablar de cine, de política, de mujeres, de. Caminé sin apuro, poniendo los vasos en su lugar; los había altos, otros pequeños, y retrocedí un poco para verlos mejor, sin saber que en unos días, lo único que se encontraría de ellos, en medio de los escombros, sería un desparramo de esquiras ensangrentadas.

Las hornallas no perdían; de un listón de madera colgaba un yesquero (sí, un yesquero, de los de antes); el dormitorio, generoso en tapices pequeños; y en la mesa de luz, la guía de Córdoba y una biblia mormón. Lo esperable.

De a uno se fueron encendiendo los farolitos del jardín. Había llenado la tarjeta de ingreso con desgano, ni mi nombre servía ya. Las palabras son capaces de agujonearme. Siempre. En el botiquín fui guardando las cosas. Había engordado, los ojos sin brillo, calvo por obligación: mi cara definitiva. Mientras me iba rapando la cabeza, todavía escuchaba los chillidos del editor en la tranquilidad que me impediría dormir, ¡pobre infeliz!; el índice acusador; la carpeta cacheteando mi escritorio; tomátelas: me concretó el muy pendejo. Frases. Frases, frases. Revoloteaban en una avalancha de odio, de palabras filosas que tenían su precipicio en el mismo lugar donde me ubicaran.

Primero fue el sábado. A fuerza de ser sincero, ya me venía pasando. Lo lógico hubiera sido estar más atento.

Primero, oficialmente primero, fue el sábado.

Debido a que la voz de aquella basura me perseguía, resolví salir para despejarme. No es productiva la calma de los valles: se descubre con tristeza que el trabajar a destajo, de crítico en el diario o de lo que toque, vendría a ser un equivalente personal de la felicidad (qué tristeza, ¿no?); la quietud me insinuaba que la vida gira en torno de las incertidumbres del destino, de ausencias de verdades, de nostalgias; gira alrededor de un eje de 24 horas que se renueva cada vez que abrimos los ojos con la misma expectativa que ayer, gira alrededor de nuestros rastros dejados adrede. Gira en vano, porque los días son cómplices de la resignación. O del fracaso.

Fatalmente tu vida es como otro te la cuenta.

Por eso apuraba mi regreso, para encubrir lo que no es fácil aceptar, para introducirme en un recóndito chalet de una villa en Calamuchita y preparar café fuerte, amargo, y entonces, al entrar, reparé en el tufo a cigarrillo. Tengo un olfato especial para el tabaco, me molesta, me molesta mucho, así que me dispuse a rastrear de dónde provenía la pestilencia. Algunos adornos habían sido cambiados de lugar. En mi almohada la intensidad era mayor y continué buscando sin detectar cenizas por ningún lado.

La colilla flotaba, desafiante, en el inodoro.

Desafiante, sí.

En el lapso de una semana, cada vez que regresaba de un paseo o decidía bañarme o mudarme de ropa, algo desaparecía: los jabones, las medias, una remera. Después siguieron los embutidos, y así. El almacén lindaba con la casucha del encargado. Alarmado por mis palmadas, el hombre se asomó a la galería que daba al jardín mientras se ubicaba los tiradores. Me pareció más anciano que el primer día, los bigotes desteñidos, parejos a su ropa de fajina. Podría evaporarse sin importarle a nadie. Le pregunté si él acostumbraba ingresar a las casas en ausencia del inquilino y, de veras, me hubiese gustado esquivar el tono humilde de la negación, porque me llenó más de vergüenza que de dudas. Apenas logró insertar que las mucamas tampoco salvo que se las contratara.

-¿Cuántas llaves tiene usted?

-Sólo hay dos, señor: la suya y ésta; y, mi amigo, yo no me cuelo donde no me llaman.

Por la forma de guardar el llavero en su bolsillo, supe que ninguna fuerza terrenal hubiera podido quitárselas. Alguien merodeaba, ¿la razón? Y joder, contesté. Me fui a acostar con cierta inquietud, encendiendo un foco ante el mínimo zumbido. Era más que evidente la visita de un extraño, ¿andaría vigilándome?, yo con bronca, imaginando cómo sería el aspecto del tipo (si es que era un tipo) que lograba inmiscuirse acá nomás, sin llaves; si se avergonzaría en el supuesto caso que lo sorprendiese, si tendría la intención de pedirme disculpas y contarme qué quería o por qué no robaba más, si andaba revisando todo. No podía concebir que anduviera afuera, ¡hay que tener ganas, ché! El foco, cada dos por tres: esa turbación de sentirme observado. Así transcurrió una semana.

Una semana.

Los cigarrillos aparecían, los cuadros cambiaban de lugar, el dentífrico...hasta que la preocupación real comenzó con el libro.

Justine, de Lawrence Durrell, frases apuntadas con resaltadores: "el mal es el bien pervertido" (la frase es de Paracelso), o "después pensé en Nessim que nos observaba (aunque yo no lo sabía) como a través de un enorme telescopio invertido, mirando nuestras minúsculas figuras perfilándose en el horizonte de sus propios planes". Yo lo dejaba en el dormitorio para encontrarlo en el baño o al revés; siempre con algo remarcado. Odio que marquen un libro, a pesar de ello me pareció una manera de pescar al intruso o al menos de comunicarme con él. Así que lo dejé a la vista y *Justine* proseguía su periplo por el chalet, sin huellas, "¡por el amor de Dios, acaba con esa manía de la infelicidad, o será la catástrofe!". A veces los cambios ocurrían en minutos, en un ir y venir de la despensa hasta que, según lo supuse, los mensajes se fueron atenuando y me dejaron tranquilo, por esa razón decidí quedarme en Villa del Potrero una semana más, y después de pagarla por adelantado, hallé a *Justine* absolutamente carbonizado en la bañera, salvo un trozo de página que decía: "Uno no sabe cómo comportarse con los muertos; su rigidez, su infinita sordera son tan estudiadas...se está ante ellos con la misma incomodidad que ante los reyes" y remarcada rojo, la palabra: Volveré.

Volveré.

Otra noche prendiendo y apagando la luz. Con el alba penetró un aroma a pan casero tan intenso que la languidez del ayuno se hizo saliva. Terminé en la pradera saboreando la confianza que da el mate y mandando al carajo al intruso y su piromanía. Recostado sobre el campo, me amodorraron las nubes y sus figuras de corta vida: una cigüeña sin patas convirtiéndose en la mitad de un violonchelo, otra se me ocurrió un camión de dos ruedas, la cara de Cleopatra, la...¿Cómo se me vería desde allá arriba?, ¿un punto marrón, incompleto también? Se juntaron todas amortiguando el brillo del paraje por un rato, llovería de seguro; a la tarde: el sol, sin entusiasmo. "Volveré", varias veces resaltada de rojo. De vez en cuando, surcaba la escena una torcaza perdiéndose en la perspectiva.

Hacia la medianoche, al regresar sediento al chalet, me topé con restos de comida en el suelo. Los vi y no pude aceptarlo, los vi desde el recibidor dispersos por voluntad del intruso hasta bien adentro. Entonces me fijé en el centro de la casa, en la profundidad temblorosa por el claroscuro. Creí ver una figura huyendo: un fogonazo. Al instante recordé los ruidos de mi departamento en Barrio Norte, desde la época en la que comencé a vivir solo, apartado, lo que implicaba que no había nadie conmigo ¿nadie?; no lo supe y no lo sé aún: no tuve en claro si yo mismo hacía aquellos ruidos para delatar mi existencia o si los ruidos aparecían con espontaneidad. Esa silueta, que dudaba haber visto hacía un momento, parecía ágil, inútil de perseguir, semejante a aquellos ecos con los que me había acostumbrado a convivir. De cualquier forma resoplé con fastidio: mi garganta rogaba litros de agua. En la pileta de la cocina, las tres botellas volcadas me ofrecían la pérdida de la única agua potable a esas horas.

-¡Qué te parió!

Por un inexplicable motivo trabajé con tenacidad durante el día siguiente en medio de la calcinación que provocan el odio, las ansiedades del rencor y el desconcierto característico de cualquier improvisación. El chalecito había quedado surcado por metros y metros de piolín, serpenteando de punta a punta las habitaciones, sillas, mesas, picaportes, manijas de muebles; hilo, de los apliques a las persianas, en diagonal o como vengas. Hilo atando jarritos de aluminio, cubiertos, latas -cuanto objeto metálico pude conseguir- ligados de a pares, de tal modo que se entrechocaran a la mínima tracción. Mi racionamiento cambió el gigantesco embrollo de hilo en una fabulosa telaraña casera y aproveché la ocasión para felicitarme: esta vez había concebido un plan astuto, desde el fundamento hasta la ilusión del final. Tenía en mi cerebro el croquis de la red, despareja a propósito; se alzaba a pocos centímetros del piso, dividiendo los ambientes en dos planos: superior a la altura de mis ojos, e inferior para arrastrarme con la paciencia de una oruga. Dormité un poco antes de salir a despejarme. Uno se pierde por ahí para fantasear revelaciones cuando se ha dado cuenta de que no tiene nada que ver con el mundo.

Sin proponérmelo, ascendí hasta un mirador acolchonado de alfalfa rodeando a un árbol. El forastero no sabe de estos detalles. Yo había crecido bajo la esperanza de un cedro, antes de envenenarme de miseria. El silencio impregnaba el follaje, y apenas si permitía a las voces de los pájaros infiltrarse por sus resquicios.

La soledad era simétrica.

Desde ese lugar, se divisaba la vieja salida de la villa, sin asfalto, con carteles de propagandas de latón descascarándose al igual que yo, acaso con la frustración de no renacer. Nunca. La calle era lejana, imprevisible como cualquier salida. Sentado en el mirador concluí que ya no había tiempo de preguntarse nada más, porque hay un tiempo de interrogantes, y hay otros para irse o quedarse; son momentos exactos.

Son momentos exactos para irse o quedarse.

Después la duda no tiene sentido. Escupí a mi incoloro pasado, a la serranía, a las sombras estiradas de la puesta, a los contrasentidos, a la rutina, a los vientos tímidos que no querían interrumpirme. A este mundo, con el que no tenía conexión.

Anochece cuando me enterré en el chalet. Tras revisar las probables entradas, me ubiqué en un refugio de sillones y lonas. Garrote en mano, pertrechos para mi guerra privada y una linterna de carcasa ancha. Debía ser inquebrantable. Para ganar tendría que soportar la sofocación del encierro. Me sequé la frente; afuera se iban atenuando los coyuyos. La rutina: Clic...Luz de linterna, brillo estático de cucharitas. Apagar...clic...luz, brillo estático, apagar, luz...brillo...clic...

Gallos. Gallos y ladridos mañaneros. Yo despierto, inmovible, sin necesidad de explorar las habitaciones, ya llegaría el enfrentamiento. Un toque en la puerta, tranquilo, es un crujido; tranquilo, parando la oreja, dejando que la presión de la guardia y la falta de aire fastidiaran al visitante y no a mí. Me cebo un mate fuerte. Volveré, remarcado en rojo; te espero.

Vení.

Ahora llueve sobre el techo oscuro. Gotas grandes. Horas en la misma posición, ¿Valdrá la pena? Sí. Mantengo el acecho. Garrote en mano. Llueve. Vocerío de criaturas, chapotean. Horas. Otra ronda de mate, tibios. Los grillos. Sapos escapando al palmoreo noctámbulo de las lechuzas, quizás luna llena. Fin de la jornada.

Un nuevo calor matinal me despabiló. Había cometido un error cediendo al sueño. Me dije que no volvería a pasar mientras reptaba hacia el baño por debajo de los piolines.

El reflejo empalideció al verme. Febril, sondeaba los estragos del desvelo: ojos estrechos por la hinchazón, labios semiabiertos y laxos. La imagen se olfateó la transpiración de la camisa.

Al retornar al escondite noté que la linterna había desaparecido. Entonces...el tironeo del picaporte, ¿habrá sido...? imposible...desde aquí veo el pasador. Faltaban además, las zapatillas...las velas...los anteojos.

Me puse loco. Sabíamos que me estaba venciendo. Me puse loco. Investigué en todos los rincones, ¡salí ché!, avanzando con la telaraña encima, ¡aparecé!, a veces eludiendo las trampas y otras enganchando el garrote en los sensores que sonaban al mínimo contacto; ¡qué aparezcás, mierda!; no había nadie, ¡te digo que salgás...¿me oís?¡sé que me oís!

Mas tarde comí algo de queso, mate frío, galletas; sin rastro alguno.

Nada.

Nada.

Desde afuera se dejaba oír una melodía lejana; sin poder evitarlo, me mecía, me acunaba a mí mismo tal vez el único remedio para contener los sollozos; en trance, y así, hamacándome sin fatiga se fue el día. El croar despegó mis párpados: no daba más. La noche, de nuevo.

Por la madrugada, un escalofrío me sacó del sopor.

Eso que quería entrar, había entrado. Me deshice de la somnolencia y la sugestión. Temblaba por la ansiedad del encuentro.

Accioné la perilla de la lámpara sólo para comprobar que había cortado la electricidad. Algo indescriptible me espiaba, algo que tradujo el miedo en impaciencia. Volveré, en rojo: acá, vení. De pronto, hubo un repiqueteo de los cubiertos y me agazapé. Los músculos del cuello comenzaron a tensarse. El ruido, originado a mi izquierda, se alejaba; me obligó a perseguirlo por debajo del tramado. Supuse que se movía con pachorra y tampoco podía ver en penumbras. Casi sin darme cuenta había traspuesto la entrada de la cocina. Lo había emboscado. Estuve estático hasta reconocer los contornos que se definían apenas. Me asfixiaban los azulejos grasientos o quizás su respiración. No había dudas, estaba aquí, sin posibilidad de evasión; apreté más el palo ante la inminencia de la pelea.

Los sensores de la mesa titubearon y, al incorporarme sin ninguna prudencia, supe que la búsqueda había acabado.

Volviste.

Descargo el primer garrotazo, simbólico, después los golpes se sincronizan por el dominio de una euforia primitiva. Diez, veinte, golpeo muchas veces, muchísimas; cada impacto, un grito bestial. Cien veces. El palo marcha delante de mí, arremetiendo, ¡tomá!, dientes apretados, sin importarnos la granizada de vidrio, de loza, y azulejos grasos y de los fragmentos de oscuridad desprendiéndose para arañar; uno más, ¡tomá! y otro ¡tomá y tomá!, otro más, y otro más fuerte y otro; sintiendo el cañoneo de mis músculos, ¡qué placer, Dios mío!, otro, mil más, y así hasta que la ventana posterior se hace añicos.

Inspiro.

El hueco deja introducir un soplo de pasto fresco directo a mis pulmones. También huele a sebo. Recibo el campanilleo, por detrás, haciendo que volteara para renovar el ataque. De la calle, amarillea un farol sobre la sangre en la pared. Una sombra se desplaza por el living, ¡ahí estás! Aúllo embravecido, encarnizado a la caza del extraño. El garrote, ingobernable, hacia el tintinear que surge de los flancos.

Cristales flotando en una atmósfera inerte, nieve vítrea, inmóvil. Tiempo y espacio detenidos en una dimensión. Como los cuadros de Delano Cardelli. Cae, se derrumba cuanto hubo a mi lado hasta hoy. Cae el mundo con lentitud; entre gritos desconocidos, metales informando, su retintín inacabable, inacabable como las frases. Inacabable. También mi apaleo. La perfección del movimiento en paralelo con mis ganas de matar. El garrote autónomo en la negra espesura del cuarto. Pegando.

Madero contra maderas, contra todo. Contra todos.

Contra todos.

Yo y mi furia, apaleando lo que se nos cruzara.

Sin embargo perdí el equilibrio, me desplomé sin resistencia. Un brusco tirón hacia abajo, para hallarme enlazado entre hilos y sensores que continuaban avisándome; apunté el palo hacia la presencia que se aproximaba. Quizás el espanto hizo que recobrará coraje para abalanzarme hacia esa negrura a pesar del dolor. Ciego, percibí la aspereza del roce, su facultad de morder, el jadeo; por eso mis golpes, para sacármelo de encima o atraerlo de una vez por todas. Así, describiendo brutales arcos, a diestra y siniestra, quebré el garrote en un convulsivo estertor final.

Una pausa. Tuve la sensación de haber irrumpido en la esfera taciturna del delirio, donde no sería raro desafiar a la locura o a un espectro, una esfera de bordes silentes, una esfera familiar, pero en apariencias nueva, hinchándose para explotar en cualquier momento. Dentro o fuera de mi cráneo. Atravesé el pasillo, enredándome con escombros, a los tropezones por el agotamiento y los calambres. Una mano extendida para palpar lo poco que había quedado en pie, y medio garrote en la otra: una púa tratando de ensartarlo por sorpresa.

Apenas se distinguía mi guarida de sillones destartalados. Antes de acurrucarme, entre la estopa y las fundas, percibí un aroma a flores muertas en el polvillo que no terminaba de asentarse. Un aroma que no evocaba recuerdos por ser nuevo. Supe que debía acostumbrarme de ahora en más a ese olor similar al moho porque era suyo y contuve mi angustia por verlo.

Encogido en el refugio, esperé por él.

Entran sin forzar la cerradura. El hedor de mis inmundicias se mezcla con la brisa campestre. Olor a pan fresco. Olor a vida. La tonada del encargado conduce los pasos. Me desarman. Uno me limpia la viscosidad de las costras, otro me habla con vaga dulzura. Soy transportado en camilla, una manta tapa, de los curiosos, mis heridas. Afuera, la luz del sol. Por suerte no llueve, si no me habría mojado. El antebrazo sobre la cara hasta que me suben a la ambulancia. Por sus ventanas se van alejando las montañas de Calamuchita.

Con un gesto simiesco me rasco la cabeza.

Aquí la gente es muy amable. Puedo pintar. Cerros, burritos, lagunas. Me enseñan a trenzar canastos. Soy uno de los responsables de la huerta y las visitas se permiten después de la merienda.

Vinieron los muchachos del diario, no quise recibirlos; no todavía.

Dicen que en el chalet encontraron la linterna, cigarrillos, mis anteojos, jabones, dentro de una valija. Me muestro crédulo, pero aún desconfían de mí.

Por las noches estoy obligado a tomar sedantes, sin embargo no puedo dormir:

Su carcajada no me deja.

JUEGO DE AZAR

Hay seres dedicados al placer; otros se consagran a Dios o a sus disfraces; los más, a confirmar que el objetivo de su vida no está a su alcance; está después. Cada jugador es todos esos hombres. Cada jugador debería conocer que los cambios predestinados para él, se reciclarán a la velocidad de un baile de dados.

Hoy es noche de timba.

Provocar a la suerte es un vicio audaz, implica cierta embriaguez ante la vibración de su paso por las fibras. Se trata, dicen, de la idea fija por entregarse a una hembra con garras de diamantes.

Con la tijerita afinándose los bigotes, el hombre de camisa y pantalón domingueros ensaya la postura de ganador frente al espejo. Se concentra en ese gesto, instruyendo a su imagen que la pulcritud brinda prestigio, como si no le importara la inmortalidad de su propia alma, -confianza, es la palabra redoblante en su ánimo- porque ni bien salga de la pensión, quedará a merced de lo ya escrito.

Junta los billetes con las monedas. Del cajón extrae los broches para sujetar las botamangas y, atravesando la monotonía de la calles, pedalea victorioso, tranquilo, sin sudar la única ropa sana que posee.

Ahí va hacia otro mundo, diferente al suyo: un terrón de consistencia apenas mayor que una promesa.

Ahí va el hombre, ¿silba?, sin atender a los desperdicios malolientes en la precaria vereda, ni en las sombras confusas de borrachos y linyeras, fragmentos, - como él- a los que no se los puede juzgar por separado, sino ensamblándolos en la

armónica unidad de eso que llaman villa. Sólo cuentan los que se cruzan en nuestra trayectoria.

Va dejando atrás la medianoche y a ellos, a los incapaces de dar el paso adelante, conformistas con un movimiento lateral y correrse; por eso, al no interceptar la trayectoria de alguien: no existen.

El antro se llamaba Chantecler, así, con la fonética accesible, sin más vueltas. Luz roja; furtivas parejas alejándose hacia la plaza y adentro, un vestíbulo mal iluminado del que trepa la escalera caracol hacia las piezas. Si no fuera por los compases canyengues, repetidos a cada rato, hubiera escuchado el frote de medias femeninas sobre las sillas de madera.

Eludió a la que se le venía de frente con la copa de vino y, levantando un caramelo del mostrador, traspuso las cortinas del fondo. La música era más suave, más urbana, de emisora radial. Aquí no irrumpe cualquiera.

Entra a la sala de pase inglés y antes de sentarse, repara en una ventana: se ve la cúpula de san Cristóbal bajo un brillo remoto; entonces acaricia, en un acto cargado de complicidad, la medalla del santo protegiendo su cuello.

-Ayúdame.

A su turno, bate con vehemencia los dados despidiéndolos sobre el paño verde.

-Una vez, sólo una vez haceme ganar.

Un cuatro y un tres.

-¡Siete! -aplaudió- ¡va de nuevo!

Los contrincantes redoblaron la apuesta y él puso su resto. Acaricia la medalla, la imagen de la moto: una Gilera de oferta, usada; y entrar a la pensión y estacionarla junto a las otras y que la dueña se queje de que ensucia con aceite, las baldosas del patio y ponga unos diarios, joven; y cuidado con los malvones y participar de la rueda de motoqueros opinando que la vieja es jodida porque no soporta los fierros; o lo cara que está la nafta, que sacar el carné lo tuvo ocupado como tres días; comprarse, ¡al fin!, la campera negra; que en este país no se puede progresar: todos te envidian todo, ché; que me pueda llevar a la costanera a cualquier mina que se quiera subir y que.

Cuatro y tres.

-¡Ajajajá! ¡Chupate esta mandarina!

Sus dedos miman abiertamente al san Cristóbal de latón. Una vecita más y me voy. Una más.

Cuatro y tres.

-¿Pasás Cacho?, bufó el Ñato Gómez.

-¡Sí, claaaaro, cómo no; mi abuela patea calefones!... fijate vos... ¡Va de nuevo!
¡Todo o nada, los maricas afuera!

Cerró la frase con una excesiva carcajada. Y lógico, porque esa reacción -la euforia- no era una mera prueba de júbilo, sino un vestigio de desahogo; de rencor.

Sin embargo, nunca se ha de levantar la voz delante de una mesa vencida. Los hombres, por lo general, dejan que la mirada flote y se desperdigue por la pieza o, insatisfechos, puntualizan con el circunstancial vecino, las injusticias del juego.

Cuatro y tres.

Fueron quedando menos. Varios se habían levantado en dirección a las rameras a completar la noche.

El cubilete mezcla expectativas con rezongos, en esos dados están la moto, el alquiler, el sufrimiento diario del anonimato, las esperanzas, los galardones: la gloria; que se jodan, ¿acaso nunca me va a tocar a mí?, juro que es la última, te lo juro...

Cuatro y tres.

Esta vez no hay festejo. El silencio se prolonga en la contemplación de los siete puntitos. En cada uno de ellos, en su pequeñez, se esconde un impulso fantástico cuyo caudal se fundamenta en esa aparente intrascendencia.

La mirada del malevo lo entumeció:

-¿A ver? Tirá de nuevo los huesos, Cacho.

Lo sorprende la tibieza de la orden, inapropiada para las circunstancias. Que en ella se insinúe una irreversible sentencia basada en la intuición.

-Calmate, Ñato, voy a pasar.

-¡Tirá de nuevo, carajo!

Los verdaderos placeres entrañan locura. El juego es un mundo ilógico para nosotros, lleno de caprichos irracionales. Caprichos, sí. Lo rige un Dios al que no se blasfema: la culpa siempre se la imputa al jugador. El más débil.

Cuatro y tres.

El de la izquierda fue aplastando el cigarro con gesto fiero, las mujeres dejaron la habitación. Uno apagó la radio.

-Pasame los dados, Cacho.

El Ñato los examinó bizcando los ojos y, tras un débil enviñón, se dispuso a esperar la prueba.

Cuatro y tres.

-Qué casualidad, Cachito. ¿Viste?

Repitió la operación con una secuencia lacónica.

Cuatro y tres, cuatro y tres, cuatro y tres...

-¿Sabés que no me avivé cuándo los cambiaste? Suspiró el Ñato.

-Ñato... dejate de macanear -abogó uno- dale Cacho, tirá otra vez.

El de camisa y pantalón domingueros, suelta la medalla; ya se concibe un extraño en ese escenario. Quiere apartar los ojos del malevo, pero le es difícil; y al no poder eludir el encuentro que se avecina, levanta el cubilete adoptando la mueca ensayada tantas veces. Ahora el Ñato ve emerger una contorsión de miedo que no alcanzará a completarse.

Aseguran que no se escucha a la bala que te vuela los sesos. ¿Cómo se percibirá un pensamiento que se desintegra? ¿Qué habrá evocado ante la seguridad de no vivir nunca más? Me pregunto si habrá pretendido algo mientras iba cayendo

hacia la mesa, ¿usted qué haría?, acaso aferrarse al pedazo de ambiente que se aleja o persuadirse de que pronto estará más cómodo. ¿Habría notado al tipo, junto al aparador, iniciando el tumulto para no ser testigo, o al que no pudo completar la mímica de asombro? Por detrás de él, aterrizaron los dados reflejando sus piruetas sobre las córneas apagadas. Los trompitos giraban con fingida inocencia ajenos a la batahola en la puerta.

El último -el gordo Fernández- miró hacia atrás por arriba del hombro. Sobre el mantel empampado de muerte, los dados quietos. Entonces se les acercó por simple curiosidad de timbero en conocer el número.

Y ahí concluyeron la travesura:

Un dos y un seis.

BONTIANO

Le habían puesto Bontiano, no por coincidencia de su natalicio con el de algún santo sino por el recuerdo de un circo -más preciso, del boletero- que había pasao por el pago. Bontiano Taboada, apellido materno, bombachas multicolor por la cantidad de remiendos, rebenque listo en la diestra y caminar a lo pendenciero, hamacándose pa' peliar o pa' sacar el peine con alguna liendre pegocha: el gaucho más corajudo de todos los Taboada conocidos, ¡qué digo!, el más corajudo desde Loreto Viejo a La Banda. Pobre, esos pobres de sombra encorvada 'e gratitud y manos vacías pa' recibir lo que la vida le vaya tirando día a día; su miseria, natural: oriunda de cuna, si hubiese tenido. Pobrísimo, una laucha de hospital, vea, al punto de vivir en el descampao, los pájaros como techo y el horizonte de ventana. Corajudo y laburante. No va y se junta con la Eringia, alguito mayor, de buen comer la morocha y guapita pa' los embarazos. Al poco tiempo ya tenían la docena. De no creer, decíamos todos, dendeveras al Bontiano se le notaba la desesperación de lagartija que le han tapao la guarida; de no creer la velocidad pa' atravesar el pueblo: de Norte a Sur, los pieses girando como molinete í metegol y, antes de asentarse la polvadera, de Sur a Norte -¡shaaaft!- acarriando un balde de leche truequeao por pialadas.

Aquí mismito, en "El Mentidero", nos juntamos a contar los acontecimientos 'e la semana, como ahorita, señor mío, acá siempre hay público pa' cualquiera sin diferencia de sexo, raza o religión; ya lo ve usté: a la discriminación no se la conoce porque únicamente accedemos varones, bien bautizaos y muy santiagueños; no es cuestión de que se nos acoplen los porteños así como así, esos modales refinaos, perdón: refinados, a cambiarnos las costumbres: nada de pibe por chango, escones por alfeñique, ni Tinelli por Pachamama. En el Mentidero hay prestigio de folclor, señor: si no hay chinchón, se cuenta la novedá, la purísima verdá de todos y de todas, especialmente de todas; con cuartirolo y vinito patero -como éste, metalé

Don- ; y si cae el cura, aflora el moscato 'e misa bien fermentao y le damo igual a la sin güeso hasta la madrugada; con protección celestial.

La historia despuntó aquí, en el boliche. Se había organizao un bailongo siestero por las quermeses de la parroquia y, promediando los festejos, ¡ulalá!, se nos aparece el Bontiano Taboada vestido de franchute: sombrero hongo, diente de oro en su eterno agujero, traje gris a rayitas pituqueándolo de arriba abajo y alpargatas nuevas, ¿qué tal?, la costura reforzada en vez de los bigotes de costumbre. Buen olor, a baño 'e rosas, -raro en él- tuzao las crines a la romana, igual que el flete, parejos los dositos. Apareció solo, sin la sargentona de la mujer que sabía tenerlo cortito. Sospechoso que la gallina ande sin pollos. ¿Otra copita, Don? ...De arriba florido, de abajo podrido...mmm...éste anduvo en trato con el Malo, opinó Doña Alcira con razón y fue suficiente pa' que nos rajáramos en tropel, uno no debe entrometerse en los negocios ajenos, menos si anda cerca el Lucifer y lejos la Navidá. Fue tal el desbande, que unos viejos indios esterilleros, desempolvaron las añoranzas de despenar huincas y, al toque, se alinearon en un malón de burros con sus tacuaras torcidas. El recién llegao, sin mosquearse por el entrevero, le apuntó a las tortas fritas; es más, aplaudía a cuatro manos creyendo que se trataba de una cuadrera ¡Más espuela, Mencho!, ¡clave las lloronas al cimarrón!

A la semana se le introdujo un infortunio fierazo. Ya sabemos que la penuria tradicional es llevadera sin ser liviana; ésta era pior, importada de otras tierras; juntadas en una, todas las desventuras d' este mundo, del otro y si hay más mundos, d' esos también. Se le había enquistao en el Bontiano; justito en el hueco reservado pa' la felicidad al tirar buenas. Vea, Jefe: tenía un nicho así de grande en la animosidad, pa' que le calce la tristeza recién llegada, encima engordando como tambera. ¿Y la familia?, bien gracias, contestaba poniendo la jeta laaarga; los dos ojos inflaos como vaca que ha mordió una penca. De la Eringia y los gurises, ni rastros; y el mozo éste andaba medio paparulo, zombi, ¿así se pronuncia, no?; una especie de sonambulismo resistente a las lavativas de la Alcira. Ausente de presencia, vea.

Yo que le propongo:

-¿Y si consultamos al curandero, che?...¿Che?...¿Eh?...Bontiano, che...Digamos: una interconsulta de nivel, quién te dice que una segunda opinión te saque el mal...¿eh?...Bontiano, a vos te digo...¿Ché?

Dentra en la historia Don Cirilo, el más mejor de Añatuya y alrededores; y el Bontiano me hace caso y viajamos pa' consultar la dolencia.

-Se me ha metío la desolación bajo los cueros, Don Cirilo, es como una luz que se me mueve alrededor del pupo y me trajina desde la uña hasta la vincha. Y quiero saber por qué, don Cirilo.

-Y; ahí 'ta.

-Tonce, ¿soy víctima de una ojeadura?...¿de las graves?

-Y; sí.

-¡Ahhh!, mire no más. Y me va a costar salir de ésta, ¿qué no?

-Y; ahí tení.

-Disculpe, no le parece, que vuá tené que averiguá quién me ha mandao la desgracia.

-Y; vo vé.

-Me ha dejao sorprendido por el dianóstico, Don Cirilo, su fama no es al cuete.

-Y; bué.

-Gracias, Don Cirilo, por la esperanza. ¿Qué se debe?

-Tu voluntá, m'hijo, más 200 sin la cara de Doña Eva, porque dicen que son medio trucheli.

Así fue, señor mío -me pasa el quesito, por favor- que esta alma en pena seguía empeorando; el amarillo del choclo era nada a la par del Bontiano, -este salamito lo traímos de la Colonia; pruebe, pruebe: de chanchito vacunao- ¿ande íbamos?, ah sí: le temblaba la osamenta al gaucho, tiricia no precedera, asigún 'ña Alcira. Pruebe, ya salen los tamales. Pa' colmo te agarraba del hombro y grandote

como él solo, te hacia zapatear un malambo cosaco. Sabe que a mí me tenía las boleadoras por el suelo, porque se me las escapaban de la rastra cada vez que me sacudía del chaleco. ¿Una vuelta de vermucito, qué opina?

Yo le prestaba el hombro, la oreja, interés como quien dice, hasta que una noche, tomando una damajuana 'e caña, jarro va, jarro viene, me confiesa en un baboseo cargoso, que sí. ¡Qué sí! ¡QUÉ SÍ!: que la había cambiao a la Eringia, si hermano, me dice, hi hecho un trato por ella y mi cría a cambio de unos mangos y unos meses de suerte en la cosecha; ¿con quién?, le pregunto; te juro, hermano del alma, de casualidá encontré la cueva en el Río Muerto; ¿pero, de quién?; oculta, lúdubre, bichos sueltos: pericotes que doman fletes, cuervos cantando vidalas, es una eterna festichola para Él; ¿pe-pero, pa' quién?; unas alimañas así de grandes, como toros; y sobre todo la ampalagua que se presenta emperifollada de inocencia a invitarme a conocer al mismísimo Mandinga. Me lo despacha así, sin anestesia y yo pienso pa' dentro: ¡Junaygransiete! quién me habrá mandao a prestar tanta atención. Entuavía siento el recurpete en la mondonguera; se me aflojaron las tabas, el culero, las monedas y los únicos fundillos que uso, y en un revoltijo de palabras arrevesadas por la caña y los hipos del llorisqueo, me desembucha su arrepentimiento y me sale con un acompañame a que me los devuelva el maula, esta fortuna es mal ganada. No me da lugar a la negativa, porque me había tomao desprevenido, pa' más detalles: del cogote; esas manazas curtidas de tanto cachetear mulas; apenas me echo el resto de caña en la garganta ahuyentando el peligro de la sesera; y ya estamos en mi sulky mostrenco, a los botes por el camino del cementerio.

Seis leguas después, el monte. Alcanzamos a ver que se partía la espesura, más bien un tajo en el medio del bosque de atamisquis: negro y hediondo, como usted ya sabrá qué. Un rayo de luna baja y abre un paso en medio del desconcierto de arbustos; no hay vuelta en la noche tenebrosa, ya estamos a un tranco i pollo de la abertura, seguime, y yo que lo sigo al Taboada, ¡que te tiró! tironeo por la curiosidad que había aumentao la cotización y por los dedos del amigo que no me

soltaba el pescuezo, y además no me iba a quedar huérfano en el despoblao; encima, el cacuy chillando la mala suerte. Ahicito nomás del umbral de yuyos secos, ande la luna se había demorao por el mismo julepe que el mío, el Duende Sombrerudo, con un puño de plomo amenazante por si no le contestamos la pregunta de bienvenida.

-¡Soy yo otra vez, Bontiano Taboada!

-¿Y ese que cacarea atrás tuyo?

-Amigo 'e la familia.

-¿Qué querí?

-Hablar con el Mandamás.

-Bué, escupan el crucifijo y vengan.

Había ritmo a chacarera en el aire, no era música sino viento vuelto melodioso, pacífico como el mistol, cambiando de lugar de puro juguetón, poray trinaba en el follaje, poray se calmaba en las maraña; en las propias verijas retozaba el violín, el acordeón gemía en cada arqueamiento y una guitarra afligida improvisaba a Don Yupanqui; enstrumentos invisibles a los ojos, se los podía rozar de tan cercanos los compases, vea; y un coyuyo, como de dos o tres metros de altor, oficiaba de bastonero. Improvisamente se me agita la certeza de que habíamos llegado a la Salamanca, huele a clandestinidad en los alrededores, alvierto. Dos comadreas guardianas jugando al truco y un sapo doble pechuga nos miraron con aprensión.

-¡Pasá! -gritó del oscuro una voz aguardentosa.

Sin tiempo pa' las aguas menores; y las mayores incomodándome el tripaje, y el yugo de dedos en el gañote -pa' colmo me sale pitiando por la opresión: "¡no tan rápido, Bontiano!"-, y trompezando por el cuicui, y más los alcoholes de la caña anidao en el altillo, más una ushuta menos; imagínese las vergüenzas. Así bajamos hasta una hondonada del río seco, a darnos de bruces ante el Mandinga Cambalachero.

¿Qué cómo supe? Y quién más diba a ser, era el Zupay, aparcerero; las alas de murciélago y esa cola enorme de larga, lista pa' meterse cuando menos se la espera; no tuve dudas amigazo: el Diablo en pinta, le juro por ésta. Zafo el garguero del Bontiano, pa' estudiarlo mejor. Sentao en un trono bermejo, tenía una iguana a lo perrito faldero, ásperos los dos, como pa' prender fósforos; igualitos, paridos del mismo güevo. La imagen de la pareja, espeluznante; capaz de meterle a uno la necesidad de morirse sin la indecencia de la agonía. Chisposas las vistas, y la lengua del reptil más chico ¡puaj! se me antojaba empedrada de veneno, aunque más tierna que la del dueño. Diga que si no hubiese chupao tanto, tendría mejor memoria en los detalles; y Taboada arrimándosele en actitud de confesión, yo lo observaba en la nubosidad del enfoque ante semejante engendro, gesticulaba como abogao que va perdiendo el pleito. De repente, una carcajada de azufre.

- Vos sos loco, o qué. No te devuelvo nada.

El gaucho a la carga de nuevo, los brazos aleteando por convencimiento, daba la impresión de ser un gallo enfrentando a un puma. No paraba de discursiar hasta que el Otro se puso medio serio. Se viene la maroma, me digo.

Y estábamos como yo aquí, el Bontiano ande está el algarrobo de allá y el Mandiga a la izquierda, ande está el Barullo, el perro pila aquel: serían unos diez, doce metros. Así que se escuchó el desafío. Clarito, clarito.

-¿Un desafío decís?, mirá que ya me comí las almas de un Santo payador que se creía invencible y un Dotor insatisfecho,... esperá un cachito, pueda ser que tronando llueva; delibero y te contesto.

Se levantó del sitial que lo hacía saberse temido y consultó al Sombrerudo. Algo tramaban estos tipos, se sostenían la barbilla como jugadores de ajedrez asintiendo con la cabeza. Mala tos le siento al gato, le acerco a Bontiano en un susurro, y ¿qué le vas a dar si perdís?, agrego.

-Y... a vos. Si no me queda nada.

-Peero, cómo no te vas a la... -y no la pude terminar, porque el Otro se nos reúne con cara de bipolar.

-Bueno, mirá m'hijo, ta' bien, primero: naides debe enterarse de esta oportunidad porque si no la fama se me va pa'l diablo, disculpando la comparancia. Vení, que tengo que renovar stock: aquí hay tres lechuzas, una es la Eringia y tus hijos, adiviná y te los llevas. Es una Promo Premium plus Discount.

Ahí estaban, agarradas a una rama; pico torcido, gesto fiero, plumas pa' hacer colchones de tan gordas. Negras, menos los ojos.

-Son iguales, don Mandinga.

-Si, m'hijo, todas son iguales, todas, todas, todas; y no cambian che, ni a palos ni con diamantes, y te certifico más por viejo que por otra cosa, que al enojarse temblamos en el infierno. Pero son imprescindibles, m'hijo;... pa' mi trabajo de amargar la vida, aclaro. Dale, quien no te dice que ahora te sacás la grande de fin de año. Dale querido, elegí tranquilo. Y va como changüí: no es la del medio.

Bontiano se le acercó a la de la derecha y antes de que abriera la boca pa' saludar, el pájaro: ¡Shht!; ajá, puede ser; se le acercó a la siguiente y ésta giró en redondo mostrándole el ocote emplumado de indignación; puede ser también. La tercera le adosó la mollera buscando una caricia; ésta de seguro no es.

- Prefiero la segunda, concluyó el crestiano.

El Otro se puso pálido ¿se le habrían apagao las fogatas de adentro? Al borde del soponcio es poco.

-¡Hay que joderse, carajo! Habías sido chambón y medio, ¿eh?, ¡taba clarito que era la primera, che! ¿Y aura que hacimo?

Rápido de reflejos, el Sombrerudo se le pegó al oído como Jefe e' Gabinete. Al minuto, el Lucifer:

-Andá no más m'hijo, agarrala y llevátela, me pillás en un mal día de benevolencia. Hay unos dólares blue en aquella bolsa, son tuyos si me jurás no volver y cada carancho a su rancho. ¡Guay de vos, si quebrantás la promesa!

Nos trepamos al carro, aprovechando la volada, y huyimos a los latigazos, yo en las riendas, Bontiano persinándose y atrás la lechuza enlutada, buscando ubicación. No bien nos alejamos, empezó el bochinche de los críos, que subime,

dame, dejame, poneme, sacame, la caca, miralo, pegale, me duele, y en medio del bullicio, la frondosa voz de la Eringia golpeándonos la nuca. Llegamos de día al rancho, la mitad de los chicos dormidos en los brazos del Bontiano, enganchados al tata como garrapata al pelero. Aún hoy me acuerdo de las pupilas del gaucho, llorosas de felicidad y cosa de no creer: igualitas a la del Mandinga cuando nos fuimos de la Salamanca.

EL NIDO

Hace tiempo que no entraba a mi despacho de abadesa, ocupar el escritorio con grabados de grifos y otras bestias del infierno y, ante el ventanal que da al desierto, sintetizar el escenario a mis pies: la luz de la luna, el pedregoso camino hacia Guaymas, sus inmóviles peñones. Más acá, se ladean proyecciones del convento. El Santa Isabel de Méjico fue concluido hace un siglo, festejando la muerte de Moctezuma a puro latigazo sobre los nativos. Éramos sus conquistadores, nos asistía el derecho. Los matamos apropiándonos del oro, del maíz, de su mansa descendencia y quisimos sojuzgar, además, su fe. Por ello construíamos estas fortificaciones disfrazadas de monasterios. El Santa Isabel, baluarte de Nuestro Señor Jesús, única elevación visible en el feroz desierto de Sonora, se había convertido en templo insignia al que todas las monjas ansiábamos arribar. Éramos capaces de resistir lo infame con tal de vencer al dios más poderoso y conocido en Mesoamérica: Quetzalcóatl.

Entrenadas por las mejores de la Orden, en base a petroglifos y testimonios, estudiamos la omnipotencia de la Sierpe Emplumada para modelar a los indios, transmutarlos hasta modificar su aspecto, de los huesos a la piel; nos descifraron ritos de hechiceros, procreadores de alacranes a partir de ciertas flores castañas; sus técnicas de infiltración en nuestras filas. Del noviciado nos alentaban a alistarnos en el Santa Isabel y nunca me pude explicar por qué me asaltó la necesidad de viajar a este pedregal como si fuera mi lugar en el mundo.

La congregación se componía de un puñado de religiosas: la mayoría oriundas de Méjico, unas cuantas andaluzas o de Sevilla y sólo una del norte, zona de creencias toltecas, cuya difícil pronunciación equivale a Tierras Borrosas. De allí, decían, provino Sor Carmen de la Cruz. La maldita.

Estoy redactando lo ocurrido aquí y lo que podría ocurrir en más. Algo he suprimido al extenso informe original, acaso con la íntima ambición de evitar la dispersión del secreto. En horas ingresará el carromato con la nueva generación de novicias, reemplazo de las desaparecidas, y quisiera retrasarles el miedo.

No ha quedado nadie, salvo yo.

Me hizo bien la soledad absoluta para entender que el desierto es un universo en sí mismo. Empieza donde la sequía donde los cactus, añosos gigantes repletos de agua, se defienden con espinas. A simple vista es una región estéril, sin embargo la vida se esconde en particulares semillas y se asegura la continuidad con las lluvias, el mezquite, por ejemplo, con sus largas raíces cuando joven, acaba por defendernos de las tormentas; o las ranas, latentes en las grietas de los riachos, explotan su polifonía cuando menos se las espera. El desierto forja civilizaciones y locuras: se adueña de los contingentes bajo su sol.

Recuerdo mi arribo: cabeza fuera de la carreta bebiéndome el descubrimiento del amanecer, cada piedra, cardo seco, cada una de las osamentas roídas, cada revelación, no hacían otra cosa que mostrar mi existencia sin sobresaltos; que lo hecho hasta ese instante no había generado repercusiones. La amplitud del desierto era oprimiente; aquella libertad me producía el contrasentido del enojo por haberla hallado a destiempo. Y, en esa inacabable renovación, me topé con la opulencia del monasterio: un peñasco brotando del suelo de matices semejantes al resto del paisaje, calcáreo y duro. Por encima de la quietud, más dura aún, sólo un ave dejando su círculo hasta desaparecer entre los campanarios. Los badajos de La Hidalga y La Generala percutían con fuerza suficiente para resucitar a Lázaro, de tanta glorificación. La bienvenida. Habían tendido una línea amarilla de faroles flanqueando el portón, amplio, amplísimo al acceso de bueyes y procesiones...

A mi despacho ya ascienden los relinchos; están aquí, las novicias. Carcajadas, chillidos, pelo visible y brillante. El bullicio me transporta. Tendría apenas catorce años, bajo la coronita de flores trenzada por mi madre, caminando por el centro de la capilla. El oratorio, el misterio del sagrario, el *Aleluya* de las hermanas; al pie del altar, una roca cóncava en la que el último de los caciquejos había molido su último maizal. A mi lado, Clara.

Sigo pensando en ti, en nosotras, porque habíamos nacido en el horizonte, en lo inalcanzable: sin cabida en el cielo ni en la tierra. Clara y yo de hábitos grises, descalzas; ambas iguales, salvo en la belleza de sus ojos verdinos y nariz aristocrática; y en su destierro, a esta desolación, intentando olvidar a un mestizo apodado Ixcameño. Recibíamos con mansedumbre los óleos santos, cuando se asomó por detrás del fraile, ella, Sor Carmen.

Ella. Una extensión de las sombras, tan morena que causaba compasión. De no haber tenido la toca blanca, no se la hubiese podido distinguir bajo el manto. Ella, rústica, alta su humanidad de indígena, envuelta en su caoba de tela, rechazaba la luminosidad de las velas. Por favor, indicó girando en fino ademán mientras las monjas enmudecían al paso de la Superiora.

Nos condujo por una galería de losas rojizas desde la cual se accedía a las habitaciones de las hermanas. Un gallinero se dejaba adivinar en la cercanía. A la izquierda, la cocina ancha y grasienta; en frente se abría un corredor resaltado por una taza de granito con agua bendecida. Tras santiguarnos apreté la mano de mi amiga, antes de ir, pasillo adentro, hacia el corazón del convento. La oscuridad, total; guiadas por el ruido de sandalias, hasta que, de sopetón: un cuadro desmedido de Santa Isabel: la mirada de jueza concretaba el punto culminante de una brutal disciplina, su vocación de castigo se perpetuaba a sí misma, capaz de lacerar de una ojeada al observador.

En la biblioteca, Sor Carmen debía comprobar nuestra virginidad.

Me hizo entrar primero ubicándome en un jergón de plumas. Relájate hija, y quedamos las dos en penumbras, rodeadas de olor a libros viejos. Sus nudosos

dedos; relájate hija, la sapiencia al separarme las rodillas e introducirlos suavemente; la humedad de su aliento; me doblé en un arco inmanejable, menos doloroso a medida que me vencía; afloja así, así. Así, sintiendo la curvatura de mi espalda saciándose de una laxitud desconocida. En mi mente chocaron la brutalidad y el deleite. Ahí permanecía yo, incapaz de oponerme a esa penetración, sin ningún testigo, dándome cuenta de que las hermanas de la capilla conocían cuanto iba a ocurrir.

Se detuvo decepcionada, ¿habría esperado alguna complicidad en mi vergüenza de novicia? Después de limpiarse las manchas sanguinolentas, se recompuso por el canto de Clara tras la puerta. Un gorjeo melancólico, una invocación, un réquiem. La pieza se llenaba de flamencos y orquídeas, de preciosas mentiras volviendo impreciso el recuerdo de la túnica caoba sobre mí; todo se distorsionó menos el asco, ya circulando por mis venas, porque en esa fracción de lucidez, acepté un designio para el resto de mi vida.

-Vete, llama a la otra.

Y eso hice. No he olvidado la primera jornada en el monasterio. No pude jamás. Me veo estrujando la coronita de flores mientras Clara se eterniza en la biblioteca. Quizá fue la única vez que oré ligero, de rodillas frente a Santa Isabel, haciendo presurosos los minutos y Sor Carmen abre y aparece ondulante, como si la hubiesen concebido sin otra cosa que vértebras desaparejas. Avanza extasiada, con la satisfacción de haber consumado un propósito; mi compañera la sigue, tambaleante, acomodándose la esclavina mientras se apoya en mi hombro; la boca opaca, malherida por un mordisco.

A veces, se me ocurre que no viví aquello, ¿lo supuse?, tal vez un simulacro de las religiosas, un acceso a la sabiduría, semejante a Job, rociado por las maldiciones de Jehová. Esas personas, ocultas en sus togas, raras veces se comunicaban, a lo sumo un comentario sobre la meditación y después cada una se escurría al amparo de su celda. En un convento de murallas apretadas nadie revela su identidad. Pasaron los días y Clara se ocupaba del refectorio de trece sillas con números romanos en cada respaldar; a mí me encargaron el jardín con frutales creciendo de milagro en semejante aridez. Ese sector rozaba la rareza no sólo por la vegetación. Había sido, decían las viejas, labor exclusiva de los indios, un amparo para alimentarse, morir y yacer bajo la perfumada frescura del pasto inexplicable. Ahí solía rezar con un rosario armado por trocitos de lajas.

Fue durante un almuerzo, en acción de gracias a San Lucas: Sor Carmen no le quitaba la vista a Clara. Ataviada con su capa color mamba, apenas si nos dirigía la palabra. Su corta mano tomó un muslo de pollo y abriendo con exceso sus fauces, lo engulló de un bocado. Dos prensas: los colmillos curvos y macizos. Voraces.

-Debe usted comer con más moderación, Reverenda Madre, los huesecillos son capaces de causarle un problema a la entrada; pero mayor a la salida.

Hubo una tentativa de risa abortada por el vistazo oblicuo de la superiora.

-Hermana Inés- silbó hacia la imprudente-, a partir de mañana queda relevada de las compras en el pueblo.

-Pero...pero, ¿puedo preguntaros la razón, Reverenda Madre?

-No, no puede, no obstante le contesto igual: porque está usted decrepita, lenta al trajinar y es peor su lentitud en el regateo de los precios y lo que es mucho peor, lenta en la vigilancia de las compras. Es torpe de entendederas, usted sirve para descargar verduras y nada más. Necesitamos alguien joven: Sor Clara.

-Pero ésta ingresó hace muy poco, no conoce a los mercaderes.

-Basta. Hizo un aletargado saludo a la mesa y se marchó sin ruido.

La hermana Inés se mantuvo en su silla aborreciendo el desplazamiento sinuoso de la otra:

-Detestable ponzoña, la tuya. ¡Qué la Virgen te aplaste la testa!

Ya casi he terminado de confeccionar este cuaderno de registros, puse lo que he de leer cuando me alcance la vejez; algunos encuentran en las letras una interpretación de la vida y conocen a la postre quienes son. O qué. Descansa mi mano sobre papeles agitados en los que tuve el recaudo de nombrar muy pocas veces a Clara. Descanso pues han llamado con el aldabón de hierro y me apesadumbra haber colocado en la capilla, apenas unas cintas de magnolias. Estoy recluida de la sociedad sin remedio, inexpresiva. Al fin y al cabo: soy monja.

Subo al mirador para conocerlas antes de abrir el portón, tal cual hiciera Sor de La Cruz al avistarnos por vez primera y en esa evocación revive el odio hacia la superiora. Sin embargo hay algo en esta remembranza, una suerte de cara y reverso que me suprime el enojo: la presencia de Clara. Me es imposible evocar a una sin la otra, como me es imposible reconocerme sin ella. Al comienzo me sorprendí aceptando una vaga inquietud cuando estábamos cerca, hasta desnudar todo cuanto yo había soñado ser y conseguirlo abriendo un resquicio en el mismo sueño. A nuestro vínculo no le importaba los muros del monasterio o el calor o los deberes; bastaba la fantasía, predispuesta y paciente, para hacerlos desaparecer. Simulábamos su ternura por Ixcameño en un improvisado ramillete de capullos, en algún beso sonoro de inexperiencia; hubo un poema mal escrito del mestizo corregido con mi voz; curamos a Pegaso, nuestro caballo lastimado en un bosque también imaginario. Ingenuidades. Distraída mi mente, yo era ella con Ixcameño, y la más de las veces, era Ixcameño con ella donde nos arrinconase la tarde.

El rol de cada una se fue definiendo con espontaneidad. Había simetría en los impulsos, y en la cautela, y en la torpeza de mujer, y en el afán de experimentar. Nunca hubiera admitido que los cuerpos son ínfimos detalles a la hora de manifestar amor.

Me cuestiono hoy, si la despreocupada honestidad conmigo misma, no hizo que perdiera la perspectiva de lo que me rodeaba: el zigzaguo entrometido de la superiora, su madriguera de libros viejos, la acechanza, el terror impuesto por su aspecto. Por otro lado la comidilla de las religiosas, alivio de la tensión diaria. Quien es ajeno a la vida monástica, cree en el pecado de la indiscreción, ¡pobre iluso! Hay

en las Clausuras algo encubierto al humano común y corriente, por eso, yo no esquivaba las orejas sobre el cambio de Sor Carmen: que te digo de las manchas en la espalda, son rojas y pardas; eso es vitíligo hermana Marta; no mujer: rojas y pardas como las de una Coral; sí, Santo Dios, yo también se las distinguí, son escamas rutilantes, sí, sí ¿y habéis notado que la piel se le va estirando?; ¡Cruz Diablo!; no nombre usted al Maligno, hermana Inés; pero si cada vez que se le acerca a la chavala se oye un ruidito de cascabel: me impresiona. ¡Santo Dios, ahí viene! Y callaban.

Por esos votos de obediencia mantuve a resguardo un hallazgo -obligación de toda lavandera-, después pregoné sus jirones de piel entre las prendas: medias de epidermis parasitadas de gusanos. Me sumé al chismerío y reconozco que mis divulgaciones no eran sino reflejo, en un sentido conmovedor, de defender a los catorce años lo más amado. Tal vez debí haberme sumado al bisbiseo antes, cuando se le notaba la pérdida del pelo y la cabeza más lustrosa cada día.

- ¿De veras? -decía una.

- Definitivamente, el cráneo se le deformó: es triangular.

- ¿Será la cofia endurecida, hermana?

... y la sombra -aportaba otra-, qué opináis de la sombra o acaso no notáis el serpenteo en las cortinas y nada de que es por el vaivén de las velas al viento.

-Hermanas, eso se llama superstición.

-Ya no hay más sapos en el jardín.

-Ni ratones en el cobertizo.

-No hay gorriones.

-Que no hay ratones en el cobertizo.

-Y el manzano se ha quedado sin frutas.

-No hay ratones en el cobertizo, hermana.

-¡No hay ratones en el cobertizo!; no los hay, Sor Inés. ¡Por fortuna!

Durante la época de lluvias, de febrero a abril y cercana al Adviento, el monasterio se ponía de fiesta; se inundaba de hermandad con tal desconcierto entre las religiosas, podíamos sonreír ante las mínimas ocurrencias de las veteranas. La camaradería se evidenciaba en las siembras o en la solemnidad de alguna celebración; de noche compartíamos un jarro de licor entre panderetas valencianas y fogatas. Había visitas de indios al sagrario cuyos caudillos, conociendo la estación del desove, recorrían el desierto sin precauciones por los reptiles.

Al regresar la sequía, regresaba el miedo:

-Hermanas yo escuché que muy al sur, existe la *Yaraquiná*, una víbora negra cazadora de hombres y dicen que es un indio transformado por el Dios Sierpe, y guerrear al blanco.

-¿Pero, usted está queriendo decir que...?

-Yo digo que es posible que Sor Carmen...

-Os hago notar que Sor Carmen es india.

-Las maldiciones no pueden entrar al Santa Isabel: rezamos.

-Juzgue usted, hermana....

-¡Dios santo!... ¡Señor de la resurrección!...
-No hay más ratones...en ningún lado.
-¡Calle, Hermana Inés!

La superiora se había convertido en una alimaña astuta para la emboscada. Por ahí dejábamos de ver a alguna monja y, si aparecía en el comedor, flaca y enfermiza, contestaba con evasivas bajo la aprobación verdosa de Sor Carmen. Salvo por algunas murmuraciones, la indiferencia era notable.

Después entregaron a Clara. Una ofrenda de manada inquieta. Desde mi impotencia de juventud sólo me quedó despreciarlas; las insulté mucho: sus corazones perversos, el ronquido de sus gargantas al acercarse mi amiga a sus asuntos. Malas lenguas, las suyas. Bífidas, se ponían en actividad si ella debía concurrir a la biblioteca. Una vez me pidió que la acompañase, se le habían acabado las fuerzas. La bestia aguardaba enroscándose en el sillón, sus fosas nasales abiertas, el tegumento bañado en secreciones viscosas. Se deslizó hacia Clara. Presencié, antes de cerrar la puerta, su abrazo constrictivo alrededor de los hombros inocentes. Y me quedé aguardándola en el jardín de pastos misteriosos, rogando a quien quisiera oírme.

El idioma de la humillación -la sorna- despuntó con naturalidad de alborada. Los movimientos rutinarios del monasterio se desajustaron, en un intento de ver lo que nadie había visto. Sor Inés, regodeándose por su habilidad de fisgona, parecía haber montado su propio circo: apenas se percataba de que, Superiora y novicia, habían entrado en el despacho, llevaba a las otras a espiar por la cerradura. Sor Inés, víbora repulsiva, hipócrita. Víboras; ella y todas ellas: el hábito recogido hasta las rodillas, burbujeando saliva envenenada, de mal agüero, de prostíbulo común y silvestre.

Una tarde realizábamos en la capilla los ejercicios de coro. El salmo 22 en realidad es una imploración, requiere una voz purísima de angustia y alabanza, porque Cristo acepta el abandono de Dios. Clara tenía el don del canto, y esa tarde, no sé la razón, cantó de una manera sorprendente. Su cuerpo, maravilloso instrumento, liberaba un sonido celestial a través de los labios. Cada hilo de música iba envolviendo a Sor Carmen hasta encantarla por completo; su largo cuello se contorneaba en simetría con esa flauta de ojos verdinos.

-Ven -me obligaron-, es hora de irnos.

Hallaron el cadáver de Clara colgado de una rama. Según las hermanas, Sor Carmen había desaparecido. Nunca supieron que la degollé a metros del árbol, ni mi embriaguez mientras se retorció por la inminencia de la muerte; ni que siguió retorciéndose cuando la introduje en una fosa abarrotada de hormigas.

Es el 22 de mayo de 1694, finaliza este siglo consumido y arcaico; sin embargo en el desierto no se viven las fechas: todo es ayer, el tiempo no existe. He pintado sobre Santa Isabel un bosque del cual vuela un mestizo en un caballo alado; van,

cielo arriba, al encuentro de una novicia de nariz aristocrática. El jardín croa al crepúsculo y las ratas zumban entre las bolsas de harina. Sé que la felicidad, en su sentido más elevado, no es más que un breve estremecimiento de nostalgia. Sé de un mensaje en los terrosos torbellinos de la estepa, sé que la oportunidad de ser amada estuvo, desde siempre, vedada para mi insignificante persona.

Por eso nunca perdoné a las monjas.

Al principio, las fui cazando con cierta prudencia, pero al darme cuenta de su desamparo, decidí hacerlo a gusto y paladar. Solíamos sentarnos en el refectorio, como si nada, hasta que yo interrumpía el silencio nombrando a la próxima, otorgándole minutos de ventaja observando la cara de alivio del resto. Entonces me ocupaba de que se escucharan los detalles de la persecución y se les incrustaran en sus imaginaciones miserables: el efecto del alarido, o de la tracción de un cuerpo, de las huellas chorreantes dejadas con impunidad, de encontrar al día siguiente la silla vacía con un estúpido número romano.

La última, Sor Inés, vivió conmigo tres meses. A solas. Sin hablarnos, sin poder ocultarme el sudor hediondo de su hábito negro; sentándonos a la par en la capilla y en la cocina.

-Aproveche esta tarde, Sor Inés, -le dije durante un almuerzo de invierno-, para que pueda morir con la conciencia limpia.

-Sólo ruego que te perdones.

-Mi querida hermana, el perdón se hace más sencillo después de la venganza.

Cuando por fin la atrapé, acurrucada en las letrinas, sus ojos reclamaron en vano una súplica, muy fugaz, porque inmediatamente se abrieron al espanto de lo increíble.

No es fácil salir del desierto. Tiene boquetes señalizados por enormes rocas, constelaciones en un firmamento letal. Me fijo en los guijarros móviles e imagino a las almas de las hermanas buscando, en la pulverización, una válida forma de escape. El viento terminará mezclando lo que queda de ellas, los campanarios famosos, la pétrea invulnerabilidad de las murallas, la harina de los libros. Y mi odio.

Algo así como polvo eres y polvo serás, resbalaremos hacia el bulbo inferior de un fantástico reloj de arena.

La razón por la que las nuevas están allá abajo, a las puertas del convento, es la batalla entre dioses. Pienso en la derrota, primer paso para madurar; pienso en el dios Sierpe que nos sueña y transforma según nuestra naturaleza; y pienso en las novicias. ¡Ah!, las novicias, siervas de Jesús, cervatillos, tiernos y gráciles, sobre todo la segunda empezando por la derecha.

Cubro mis garras de jaguar y voy a su encuentro.

ÚLTIMO ROUND

-¡Sueeeena la campana! La diestra del campeón saluda al guante izquierdo del Negro Medina. Ahora es a matar o morir. El Negro marca distancia con la zurda, son treinta y cinco pirulos, diez más que el cordobés, se tieeeene que cuidar, mis amigos; conecta la derecha en punta y avanza. El rayo López esquiva el golpe y devuelve una combinación al plexo. ¡Que gooolpe señores!, se dobló Medina y ahora es el Rayo el que se adueña del cuadrilátero, masitas Dulcinea, dulces como vos. Una derecha y la izquierda, diestra y siniestra estremecen el costillar del Negro; de nuevo la combinación, la pucha, ¡pero este muchacho tiene dos derechas!...; ¡cómo le pega! ¡Se duplican las manos!; duplicados, duplicaaados: Imprenta Gráfica Salta, offset, volantes, folletos, fotocopias. Y sale un cross al oído del Negro y el jujeño tambalea, y ahí viene otro, el que sirve, mis amigos; y se cae, se cae; ¿no?; ¿no?... ¡sí! como un paquete, señores y señoras. Y si ha mandado un paquete que sea por Transportes Planeta, logística y seguridad, Paraná 1459. En el rincón del Negro, Carlitos Rodríguez no quiere tirar la toalla, dos... tres... sabe que el Negro se juega la vida, si gana se lleva un fardo para siempre... seis... siete, mi compañero me hace señas con el pulgar abajo; pero no, ¡nooo señores!, Medina se incorpora. Su parcialidad lo alienta: se han olvidado del alcohol, las trasnochadas, las vedetongas. Es un gladiador, el Medina éste. El Negro arroja un zarpazo, todavía está vivo, mis amigos. El ojo derecho es una compota y ahí le conecta otro mazazo el hombre de la Docta, ¡Maestro!, le pega con riiiiitmo de quarteto cordobés. ¿Qué me dice, colega? Otra combinación que termina en gancho al mentón...el bombazo lo debe haber oído la Rosa en Jujuy. Perdónelo Rosita son cosas de muchacho. ¿Quién no se ha tomado una Cervecita en lo de Darzón? ¿No lo conoce? Vaya a Sanguchería Darzón, Moreno y Perú, al ladito del Mercado. López viborea la cintura y Medina se come el amague y se come de yapa la izquieeeeeerda envenenada del campeón. ¡Esto es escuela señores, pero el Negro no fue ni a la primaria. Que carnicería, caballeros! La gente incita al Rayo para que lo mate, así somos... Medina pone los guantes como rezando, pero le llueven las piñas...; ¡pero no se meta señor árbitro, dejelós! ¡Qué trompada, mis amigos!...la cabeza del Negro gira como una veleta al oeste; nos salpicó de sangre a todos los colegas y ahí viene la otra ¡y lo pone al este! No le distingo la nariz de la boca, ¡es una gelatiiiina de frambuesa!... Medina está sin defensa. Otro recto a la pera, se termina la faena, me parece, y se derrumba el Negro sin poner las manos en la lona. ¡Una obra de arte el trompazo, espléeeendido caballeros, un Quinquela! Ahora entra el médico antes que termine la cuenta, es que el Negro no se mueve, no me gusta. Carlitos Rodríguez llora con la toalla en la mano. El campeón no festeja, le pregunta algo al galeno, con preocupación. Usted no se preocupe por su hogar,

seguros Gibraltar y la casa está en orden. Ahora entran los camilleros para llevarse a Medina. La gente abucea el cuerpo inmóvil, ¡aaaasí somos señores!, pasa que pagaron mucho para esta pelea que duró un solo round. El último para Medina; ¡pobre negro!

TORRES VILLARROEL.

Torres Villarroel, Nicanor (q.e.p.d) Su esposa: Dolores Paz Derain de Torres Villarroel; sus hijos: Dolores Torres Villarroel y Mario Lizaso Elbur, Honorio Torres Villarroel y Luciana Desmouillin; sus nietitos, participan con dolor su fallecimiento.

Torres Villarroel, Nicanor (q.e.p.d) Manuel R. Pastorino y flia. acompañan con oraciones, la irreparable pérdida.

Torres Villarroel, Nicanor (q.e.p.d) Damas de la Sociedad "Amigos del Árbol de Villa Rousell" lamentan pérdida de querida Lola.

Torres Villarroel, Nicanor (q.e.p.d) El movimiento: Matrimonios en Cristo despide a su dilecto miembro Don Nicanor y acompañan a su Flia.

Torres, Nicanor (q.e.p.d) Parroquia María Inmaculada llora a su primer monaguillo y gran benefactor Nikicho Torres.

Torres, Nicanor (q.e.p.d) Directivos del Colegio Pio XII lamentan fallecimiento de ex alumno medalla de oro promoción 1958 Nicanor Torres.

Ing Torres Villarroel, Nicanor. (q.e.p.d) EL CIRCULO DE INGENIEROS lamenta fall. digno socio.

Torres Villarroel, Nicanor (q.e.p.d) Hernán Fuentes y flia. lamentan fall. querido Gordo.

Torres Villarroel, Nicanor (q.e.p.d) Su hijo Nicanor Torres, su novia Antonia López y Nicarnocito, lo despiden con profundo dolor.

Torres Villarroel, Nicanor (q.e.p.d) "Gordo: siempre nos faltará tu voz y tu guitarra nochera" Cofradía de ex - alumnos del Colegio Pío XII.

Torres Villarroel, Nicanor (q.e.p.d) El Club de Aviadores "Los Halcones" lamenta fall. Ex - socio fundador, Secretario de esparcimiento y encargado de cantina.

Torres Villarroel, Nicanor (q.e.p.d) Su secretaria privada Belinda Gutiérrez, secretarias y personal jerárquico de EMPRESAS TORRES VILLARROEL despiden a su gerente.

Torres Villarroel, Nicanor (q.e.p.d) "Los Viudos de los Jueves" lamentan pérdida irreparable y brindan en su memoria.

Torres Villarroel, Nicanor (Travolta) (q.e.p.d) Juancho, el Negro, Luis y los otros mosqueteros del Sábado sufren el desconsuelo de tu partida.

Torres Villarroel, Nicanor CARNICERIA MARTOLO y sucursales lamentan pérdida estimado cliente y amigo.

Torres Villarroel, Nicanor (q.e.p.d) Tu única mujer: Maria Laura, Laurita y Nicarnocito y tu suegra en el afecto: Adelaida Gómez Vda. de Pérez, lloran con pesar tu partida.

Torres, Nicanor (q.e.p.d) Mocho y Pocha despiden a su compadre Cacho y ruegan una oración en su nombre.

Torres Villarroel, Nicanor (q.e.p.d) CIGARRERIA Y VINOTECA FUENSALIDA lamentan irreparable pérdida.

Torres Villarroel, Nicanor (q.e.p.d) Motel "El Edén" lamenta fall. digno cliente.

Torres Villarroel, Nicanor (q.e.p.d) Loly, Scherezade, Beba, Karina, Guada y la China lloran fallecimiento de Papito.

Torres Villarroel, Nicanor (q.e.p.d) CASINO DE LAS TERMAS S.R.L. lamenta profundamente deceso de su infaltable concurrente.

Torres Villarroel, Nicanor (q.e.p.d) El equipo femenino de Bridge del Jockey Club de la Provincia despide a su Master y entrenador.

Torres Villarroel, Nicanor (q.e.p.d) Por esos viajes inolvidables: Belinda Gutierrez y Nicarnocito.

Torres Villarroel, Nicanor (q.e.p.d) El jefe del Servicio de Hepatología y Cirrosis (Hospital Regional), Dr. Máximo Reglielmo, despide a su querido amigo Nicanor.

Torres Villarroel, Nicanor (q.e.p.d) Plantel de Enfermería y resto del personal del Servicio de Hepatología y Cirrosis (Hospital Regional) lamentan fall. de estimado paciente Nicacho.

Torres Villarroel, Nicanor (q.e.p.d) "...Y el Padre recibió al arrepentido". Reverendo Prudencio Lozano ruega una oración por el alma de su íntimo amigo Nicanor.

Torres Villarroel, Nicanor (q.e.p.d) EMPRESA DESCANSO ETERNO SRL,
acompaña flía. Torres Villarroel y anuncia traslado del Sr. Nicanor a hs. 18 al
cementerio Cruz del Sur.